

Frente libertario

Madrid, 21 diciembre de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro, Serrano, 111

NUMERO 659

Atentos a los manejos de nuestros enemigos

Y contra el inmoral, el privilegio y la incapacidad

A nadie le ha de estar permitido pedir peras al olmo. Es decir, confiar en el estolicismo de la retaguardia madrileña, echarse a dormir sobre la fama de este pueblo y repetir: "Es maravilloso; lo mismo sufre ocho que ochenta". No. Sufre ochenta y sufrirá ochenta mil cuando las circunstancias, iguales para todos, se lo aconsejaren. Notad que no decimos se lo impusieran, porque sería tanto como aceptar que no es bueno y honesto por reflexión, sino por sumisión. Y el pueblo de Madrid tiene un corazón más grande que su heroísmo y una capacidad de sacrificio más entera que la satisfacción de saberse primera tumba del fascismo.

Estamos teniendo presente que, por un lado, preparamos climas propicios al olvido y a la generosidad, y por otro, tenemos que luchar con dificultades cada vez más penosas. Cualquiera diría que no. Por eso queremos dar la voz de alarma a cuantos tienen el deber de escucharnos. Y decirles que con los enemigos no puede haber cuartel, ni complacencias, ni debilidades, porque

La "vida" del obrero alemán

Sabido es que los "nazis" organizan cada año una gran campaña llamada socorro de invierno, que les da el pretexto para una grandiosa propaganda. La realidad que se esconde tras esta maniobra, una de las muchas que el Tercer Reich realiza para engañar al pueblo sobre su verdadera suerte, se asoma en una orden del encargado de este socorro. Dice ésta, que todas las familias que quieran ser patrocinadas por la obra de socorro del invierno, han de mostrar que todos los miembros de la misma cumplen con su deber de trabajo.

Lo que extraña de esta orden es el hecho de que las familias "cuyos miembros trabajan" tengan la necesidad de recibir donativos por parte del socorro. Este hecho se aplica únicamente por las circunstancias de que el sueldo de todos los componentes de familias no llega a cubrir las necesidades de la vida cotidiana.

Por lo tanto, hay que deducir de estas declaraciones oficiales que existen en la actualidad en Alemania una gran parte de obreros a los cuales los patronos no conceden, como compensación a su trabajo, un sueldo que pueda cubrir sus más apremiantes necesidades. Y solamente un nuevo impuesto obligatorio de la clase trabajadora los puede proteger del exterminio por el hambre.

S. I. P. F. A. I.

tampoco las tienen ellos con nosotros y tienen siempre, siempre, el puñal preparado para hundirnos por la espalda. Al enemigo hay que cercarlo por medio de un ambiente en el que no pueda respirar, en el que se asfixia.

Y con ello volvemos a nuestra campaña de todos los meses. Para formar el ambiente en el que se asfixien nuestros enemigos, todos los que nos sentimos amigos hemos de sufrir los males irremediables, las privaciones ineludibles, los sacrificios irreparables. Mas para ello será preciso que no descubramos, para relajar nuestra moral, una administración inmoral, dada al privilegio o incapaz. Si la retaguardia madrileña sufre convencida de que existe

una administración previsora, idónea, capaz, a nadie tolerará que levante pedestales de cieno sobre su sacrificio. Se bastará por sí misma para descubrir a los que quieren comerciar con su miseria y a los que pretendan mezclarse, con designio traicionero, en su vida ejemplar.

El problema es sencillo y estamos muy a tiempo de resolverlo. Se trata de ir decantando el antifascismo de modo que sólo queden en las capas medias y altas los antifascistas probados, capaces, morales. Y que la sociedad, por su propio peso, vaya cayendo al fondo. Separaremos así lo sano de lo infecto, lo limpio de lo sucio. La separación es sencilla. En cuanto el privilegio no asome, la inmoralidad se ampute y la incapacidad no actúe, habremos quitado a los enemigos sus mejores aliados. Y será inútil que esperen agazapados el primer desliz. La moral del pueblo se elevará tanto que hará de sus privaciones bandera y de sus sacrificios temple de victoria.

LAS COLECTIVIDADES CAMPESINAS

Pretender aniquilar su trabajo fecundo de dos años y medio es hacer labor contrarrevolucionaria

Las asechanzas de la contrarrevolución continúan dirigiéndose de una manera descarada contra las conquistas de nuestros trabajadores, especialmente contra las conquistas logradas por los campesinos. Estos tenían hambre de paz y de tierras que cultivar: los primeros días del movimiento los sorprendieron en sus puestos de trabajo y después de dedicar tan sólo unas breves horas a sofocar los núcleos rebeldes de sus respectivas localidades, unos marcharon decididamente a los frentes de lucha, y otros, con no menor decisión, marcharon a aquellos del trabajo. Todos han cumplido con creces su deber: en las trincheras han sido soldados modelos, combatientes ejemplares, siempre dispuestos a todos los heroísmos para lograr la victoria junto con todos sus hermanos de lucha y de clase; pero en la retaguardia se han superado a sí mismos, elevando hasta límites inconcebibles su capacidad de trabajo, convirtiendo en productivas tierras estériles, aumentando considerablemente las áreas cultivadas de España, y creando en la medida que la guerra se los permitía, los organismos productores que han de constituir la base cierta de la reconstrucción económica de España cuando la guerra termine.

Las colectividades campesinas han realizado en dos años de esfuerzo más labor fecunda de la que eran capaces de realizar en veinte los antiguos propietarios; al desaparecer de sus componentes la idea del lucro personal, al no marchar sus trabajadores guiados de una manera exclusiva por el egoísmo y por la ambición que eran los únicos motores de los viejos propietarios, han acometido la empresa gigantesca de

organizar la producción sobre nuevas bases, en las cuales, desaparecida la explotación del hombre por el hombre, toda la entidad económica constituyente de la plus valía pasa a engrosar el caudal colocado a disposición de la sociedad. Esto ha sido posible gracias a las explotaciones colectivas; esto lo ha podido realizar el campesinado español trabajando en colectividad; y es muy posible que en esos trabajadores tan modestos como ejemplares, tan dispuestos al sacrificio como dignos de admiración, se encuentre la razón más cierta y segura de nuestra resistencia.

En estas condiciones no existe razón ninguna que pueda justificar el despojo de las colectividades campesinas; éstas han elevado en proporciones considerabilísimas la productividad de sus tierras, han puesto en cultivo centenares de hectáreas, se han preocupado de la cría del ganado de todas clases, han contribuido con sus esfuerzos de una manera directa e inmediata al sostenimiento en firme de nuestra economía de guerra. Canalizado su esfuerzo hacia la victoria, rindiendo el máximo hombres y tierras, han creado la base sobre la que levantar la victoria del pueblo; desconocer su obra y su colaboración, eficaz como ninguna, a la victoria, es hacer labor contrarrevolucionaria y labor derrotista. Las colectividades campesinas, que merecen el respeto y la admiración de todos los antifascistas españoles, merecen también, en la mayor medida posible, el respeto de la ley. Esta debe tender por todos los medios, a garantizar la subsistencia de esas explotaciones agrícolas cuidadas con tanto esmero, y hechas florecer en tan adversas circunstancias.

A los dos años y medio de lucha nadie puede presentar un balance semejante al que brindan las colectividades agrícolas españolas. En manos de los viejos propietarios hubiéramos vivido en continuo sabotaje de la producción que, al ser continuo sabotaje a la guerra, hubiera terminado, o por perjudicar de una manera decisiva a nuestra causa, o por hacerse acreedor

sin contemplaciones de ninguna clase por parte de los luchadores antifascistas.

PELICULAS CORTAS

"¿Que la nieve es fría?"

Nuestro modesto cameraman está hoy de enhorabuena. Ha sorprendido la primera nevada de la temporada. Una nevada tímida y discreta, pero nevada al fin. Un motivo literario de la mejor cepa. Claro es que en el celuloide de la realidad brusca, estos paisajes dan un tono desvaído, pero seguidamente surge la contrafigura, que en el cine es de un valor positivo. Y la contrafigura, de este azotazo invernal, es el calor y el optimismo y la tensión con que el pueblo de Madrid acoge este su tercer invierno de guerra. Nada hay que haya hecho cambiar y en nada, la línea fija y recta de nuestra retaguardia. Los que especulaban con los rigores de un invierno que anunciaban con graves caracteres desde la canícula, estarán ahora zambulléndose en su tortuoso ridículo. Su gesto torvo y su sonrisilla contraída, constituiría un magnífico primer plano de nuestra diaria observación. Y para que todo sea aurora de esperanza ahí están las últimas declaraciones del Reverendo Padre Lobo, sobre su nuevo "fiat lux". Recomendaciones al calor de la lumbre de su espléndido ministerio. "Por eso suplico —dice— a las autoridades civiles y a los católicos de buena voluntad, trabajen por sacar a plena luz los actos del culto."

A ver si así se aclara un poquito el tiempo y deja de hacer frío. Con ello iremos ganando todos los antifascistas. Hasta los que cultivan la nota literaria. No se podrá decir, como leemos en un diario a propósito de la nevada que tanto ha preocupado a nuestro cameraman. "La nieve, es fría." ¿Que la nieve es fría? Pues, mire usted, señor. No lo sabía.

Los trabajadores de nuestras sindicales, sobre ser trabajadores, son también revolucionarios

Vaya por delante una afirmación que, sobre ser indicadora de excepciones honrosas, quiere también ser estímulo de conductas dignas: no todos los comerciantes son contrarrevolucionarios; también entre ellos existen hombres sinceros, verdaderos amigos del pueblo, leales servidores del mismo, que ponen todo su tesón y todo su esfuerzo al servicio de la causa proletaria y antifascista que todos estamos obligados a defender. Pero lo cierto es que estas palabras sólo podemos expresarlas a título de excepción, destinada a dejar limpia de toda sombra de duda, la condición moral de hombres cuyas conductas se separan notablemente de las observadas por la mayor parte de sus compañeros de profesión.

La crisis, el colapso casi, que la guerra ha originado para el comercio español, es aprovechado en múltiples ocasiones para realizar estrepitosas subidas de precio y para desencadenar, en todas sus consecuencias, el más grande de los procesos de especulación que en España se han conocido. Sin causa aparente que lo justifique, existen infinidad de artículos que han aumentado diez veces su valor, y desde luego todos los productos han experimentado alzas que en la inmensa mayoría de los casos no están justificadas de ninguna manera. Ello es consecuencia de la ocultación, del acaparamiento, que, aprovechándose de la escasez a que la guerra da lugar, fuerza los precios elevándolos por encima de las posibilidades normales de adquisición de los trabajadores españoles. Y esto, que estaría justificado, incluso explicado, en productos fabricados o sencillamente recogidos durante la guerra, se extiende a productos que llevaban años y años almacenados y que actualmente están saliendo al mercado del cual todos creyeron habían desaparecido para siempre.

En estas condiciones no podemos por menos de considerar al comercio como una de las covachas de la contrarrevolución: ¿Qué razón existe para que una tela que lleva fabricada cinco o más años se cobre a cinco o diez veces el precio que tenía al estallar el movimiento, e incluso después de transcurridos, bastantes meses de guerra? ¿Cómo puede nadie explicar que zapatos que entonces valían veinte valgan hoy doscientos, si esos zapatos existían almacenados antes de que la guerra comenzase? ¿Por qué razón se cobran hoy a diez, libros que estando publicados entre 1920 y 1930 se vendían antes a cinco?

Porque el alza en los precios todavía puede tener una relativa explicación cuando se trata de productos fabricados o manufacturados durante la guerra; pero en ningún caso puede tenerla para artículos que existen sin variación de ninguna clase desde meses y aun años antes de que ésta comenzase.

Así, pues, el motivo de la desafortunada subida de precios que se presenta en la España antifascista, encuentra su origen en el espíritu egoísta, y por ende contrarrevolucionario, de los comerciantes que así proceden. Ello, aprovechándose del confusiónismo creado por la guerra, utilizando el desplazamiento económico a que ésta ha dado lugar, acentúan el desajuste entre los precios y los salarios y de esta manera, sobre conseguir grandes e ilícitos beneficios, llevan a cabo la más peligrosa actuación contrarrevolucionaria que entre nosotros puede llevarse a cabo. Si los trabajadores ven cómo su capacidad adquisitiva disminuye sin cesar, si ven a sus hijos mal vestidos y peor alimentados, si para comprar un mal abrigo tienen que emplear, caso de que lo encuentren, la totalidad del salario que perciben durante un mes, es hasta cierto punto natural que sufran desfallecimientos en su esfuerzo y que

su voluntad de lucha y su capacidad de combate decaiga gradualmente hasta convertirse en poco menos que indiferencia. Si esto llegase a producirse, la contrarrevolución habría triunfado en toda la línea. En estas condiciones, la posibilidad de redención de nuestros trabajadores se alejaría por un lapso de tiempo difícilmente calculable de antemano.

Es, pues, función de lucha de primera clase, la de luchar contra todo el espíritu contrarrevolucionario que en el agio y en el comercio francamente usurario está encontrando el más cómodo de los cobijos.

a dar firmemente la batalla a todos los especuladores, a todos los acaparadores, y deben encontrar por parte de todos los ciudadanos el apoyo más franco y más decidido.

Si vacilamos en esta tarea, es más que probable que hagamos que se conviertan en estériles todos los magníficos sacrificios realizados por nuestros hermanos de clase.

Visado por la censura

S. U. de las I. del P. y A. G.—C. N. T.

PALABRAS COMO PUÑALES

¡Es la guerra!

¡Es la guerra! Cada día que pasa se oye más frecuentemente estas palabras. Si los tranvías van con gente arracimada en todos sus ángulos y surgen molestias para quien va a subir o bajar de los mismos, con un ¡es la guerra! teñido en falsas congojas se pretende dar la explicación de tales incomodidades. Si en el "Metro" se apiñan los viajeros y el mal olor se hace a veces francamente intolerable, no faltará el mogigato ¡es la guerra!, con que se pretende buscar en ésta la excusa para la grosería o la justificación de lo soez. Si en una tienda de telas no existen las que se buscan o no se encuentra el color que interesa, quizás en los labios del dependiente se esboce un tímido ¡es la guerra!, en el cual se utiliza el nombre de guerra para tapar la falsa mercancía de una enemiga al régimen. Si el pan o los comestibles van faltos de peso, si las patatas llevan un cincuenta por ciento de tierra, si pretenden cobrarse como buenas las frutas o las hortalizas a medio podrid, existen también vendedores que con la frase ritual ¡es la guerra! creen justificar su desfachatez para el robo a los forzados clientes. Y así uno y otro caso, que muestran hasta qué punto la provocación se encuentra en todas partes, y cómo todos los medios son considerados lícitos por los provocadores.

Es hora de poner las cosas en claro: es urgente desenmascarar a quienes con esas palabras de ¡es la guerra! pretenden encontrar la pantalla que les permita continuar su nefasta labor de traición o de agio descarado. No. Todo eso no es la guerra, todo eso no es ni debe ser consecuencia de la guerra. La sociedad, la falta de consideración y de civismo, el latrocinio, ni son la guerra, ni tienen nada que ver con la guerra; más aun deben ser incompatibles con la guerra.

Cuando en nombre de la guerra os pretendan exigir sacrificios, incomodidades o pérdidas de cualquier clase que ninguna relación guarden con ella, podéis tener la seguridad de que estáis en contacto con un agente consciente o inconsciente del enemigo. El aguijear los empujones de cualquier incivil, el tolerar las procacidades de cualquier maleducado, el soportar pacientemente robos pequeños o grandes, el pagar como comestibles la tierra, nada tienen que ver con la guerra; los sacrificios que ésta exige son demasiado precisos, demasiado claros y determinados de una manera demasiado cierta para que se puedan confundir con aquellos otros que el primer salvaje o el primer desaprensivo pretenda imponer a sus conciudadanos.

Esto sin olvidar que las más de las veces, bajo el manto del salvajismo o de la desaprensión se oculta un claro propósito de sabotaje de la guerra misma cuyo nombre se invoca.

Ministerio de Defensa Nacional

PARTE OFICIAL DE GUERRA

EJERCITO DE TIERRA.—La actividad operativa en los distintos frentes careció de importancia.

AVIACION.—En la mañana de hoy los aparatos italo-germanos bombardearon Tarragona y Reus, causando víctimas en la población civil.

organizaciones sindicales. En primer término tratase de hombres, es decir, de seres con idénticos derechos y con iguales obligaciones, en la misma medida a unos y otros, que aquellos que se colocan por sí mismos, de hoz y de coz en más de una ocasión, dentro de las minorías dirigentes. Y partiendo de esta condición genérica, que por igual corresponde a unos y a otros, vamos a analizar las condiciones específicas de los integrantes de las organizaciones obreras.

Todos los que figuran en las sindicales españolas son trabajadores, es decir productores en el más exacto sentido de la palabra. Por ello, por ser trabajadores, tienen un sentido seguro y exacto de que los países y los pueblos se abren camino en la historia a base de su esfuerzo, de la misma manera que también los hombres individualmente considerados sólo por su esfuerzo, sólo a base de su esfuerzo, pueden abrirse camino en la vida. Piensan, por consiguiente, no en contemplar la energía de los demás, sino en aunar a aquella su propia energía, su propio rendimiento. No ven, no se limitan a ver cómo otro grupo de hombres empuja para arrojar la piedra por el barranco, sino que junta sus brazos a los de sus otros hermanos para realizar la misma obra. En este sentido tiene un primer título para influir de una manera directa e inmediata en todos los asuntos de la nación. Sin pueblo, sin trabajadores, no hay nación. No puede, por tanto, excluirse a los mismos de la dirección de aquellos asuntos que en la nación encuentran su origen y que al país afectan de una manera directa y en su totalidad.

Pero hay más. Acreditado así su derecho a intervenir en la dirección de los asuntos económicos del pueblo, como entidad genérica de la cual son una de las partes integrantes, queda el capítulo de los asuntos políticos de los cuales quieren hacer coto cerrado todos aquellos que aspiran a vivir de la política, es decir, empleando sus propias palabras, de su trabajo y de su capacidad políticas. Pues bien: por lo que a esto respecta hemos de hacer constar de una manera clara, que no deje lugar a dudas de ninguna clase, que se trata de trabajadores revolucionarios; todos los hombres que militan en las organizaciones obreras españolas, unen, a su calidad de trabajadores, la cualidad de revolucionarios, es decir, la matización política conveniente e indudable incluso para todos aquellos que se quieren erigir en santones de la misma.

Así, pues, deben comprender todos los que en los campos políticos pululan con más o menos acierto y desprendimiento, que los trabajadores agrupados en las organizaciones sindicales, sobre tener conciencia proletaria, tienen también conciencia política; y que bajo ningún concepto están dispuestos a dejarse desplazar en sus derechos --que son al mismo tiempo sus deberes--, por quienes pretenden crear un clima incierto, propicio a todas las claudicaciones y a las renunciaciones de más diversa índole.

Creemos que son conceptos definitivamente claros. siempre queda el recurso si llegase la hora --la desgraciada y peligrosa hora de las pretensiones intolerables--, de que esos mismos trabajadores, que tienen conciencia política y conciencia de clase, tuvieran que actuar de una manera firme, que esa misma actuación convenciese de una vez para siempre a quienes todavía en esos momentos decisivos pudieran continuar vacilantes.